



BIBLIOTECA

PQ6352

07

*J. J. S. S.*

Esta edición ó reimpresión está autorizada por el autor y dueño de la obra D. Feliciano Ortego.

*Mex. y nov. 17/21,*

Tip.-Lit. Seix, BARCELONA



*Ricardo Ortiz*

## PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Poseer el ejemplar prueba de corrección que Cervantes hizo de su *Quijote*, tener esta alhaja y guardar silencio sobre ella, lo consideraba crimen de lesas nacionalidades. Quería hacer su reproducción exacta, idéntica, semejante en tipo, papel, tamaño, folios y márgenes, y cuando veía la imposibilidad absoluta de conseguirlo, me ponía de mal humor. Molesté á varios amigos, y mediante éstos, á otros y otros, y cuando unánimes me dijeron desistiese de tal empeño, por ser imposible hallar tipo del siglo xvii, y de decidirme á conseguirlo, tenía precisión de desprenderme de grandes sumas que no tenía, no hallé medio mejor que elegir tipo elzeviriano, que es el que más analogía presenta al que sirvió para imprimir la primera parte del *Quijote*, es decir, la publicada en 1605, decidido á hacer todo género de sacrificios, antes de que permaneciera en el olvido monumento de tal importancia.

Fórmese el lector el juicio siguiente: que la *u* vocal es *b* consonante, la *f*, la *t*, *j* y *x* iguales á las del siglo xvii, y las vocales con tilde letras de aumento, según convenía al autor, y tendrán idea aproximada del tipo que empleó Juan de la Cuesta en 1605.

Las tres primeras ediciones, ó sean las de Madrid, no te-

nían láminas; ¿por qué, pues, esta, siendo prueba de corrección á la primera, había de formar tal anacronismo?

Con el ejemplar me veía lleno de ilusiones, mi sueño dorado se iba á realizar, mi trabajo, tal cual lo ofrezco al público, estaba hecho, terminado, pero faltaba una cosa: ¡ahí es nada! había que imprimirle.

Paso fatal: francamente, cuando me aproximé al impresor, le dije mi objeto, le manifesté mis esperanzas, traté de describirle el horizonte risueño que á la literatura se le ofrecía, y me contestó con círculo férreo del cuánto podía producir, y analizó el tanto por ciento, todas mis ilusiones se anublaron: ya no veía esas descripciones encantadoras que el *Quijote* tiene, y sí sólo ante mi deseo vislumbraba cierta penumbra, en cuyo fondo agitábase cierta nebulosa que allá distante me dejaba divisar raza de Israel, que ante el tanto por ciento hacía abstracciones de la belleza literaria, superior siempre al becerro de oro soñado por cuantos ambicionan dinero y dinero, y me entristecía.

Las glorias nacionales, el orgullo de la literatura, el placer de los cervantistas, las mil y mil fantasías en mi imaginación formadas, ¿será posible se marchiten ante el deseo que un comerciante ambiciona, para transformar en erial el jardín lleno de encantos que Cervantes dió al mundo con su *Quijote*?

No; no es posible, me dije á mí mismo: cobré nuevos bríos, me animé en vez de abatirme, y con doble esfuerzo exclamé: ¡á trabajar! Y sin olvidar la máxima de que el tiempo todo lo transforma y en el círculo del movimiento eterno todo también queda nivelado, juzgué, que así como Cervantes debió sufrir retrasos y disgustos en la publicación de su *Quijote*, abrazando éste errores de concepto y de imprenta, así yo precisaba á la vez también que mis dos volúmenes se imprimieran en dos imprentas diversas y que haya tenido á la vez retrasos, sinsabores y contratiempos que, independientes de mi voluntad y con todo sentimiento mío, han influído en retardar tanto tiempo mi publicación.

En Madrid, el impresor Juan de la Cuesta, poseyendo el original, dió unas producciones llenas de errores; sus tres ediciones, las dos de 1605 y la de 1608, se encuentran plagadas de anacronismos, los mismos que, al través de casi dos siglos y medio transcurridos, han servido para imputar á Cervantes lo que se halló muy distante de hacer, y que él ahora, mediante su capilla, acredite ante el mundo entero, á todos los críticos, no merece le atribuyan faltas que no cometió.

Desde Valladolid tuvo necesidad el autor de remitir á Madrid su manuscrito, que dió por resultado ejemplares imperfectos, y ahora, regresando éste en dirección al punto donde se confeccionó y desarrolló el pensamiento, se hace preciso reciba en el pueblo donde se fundó la primera Universidad de España, el *exequatur* de obra perfectamente terminada al gran tesoro que la literatura tiene.

Esa evolución ha necesitado 276 años de existencia para que la luz disipase las tinieblas que la envolvían, y por fin, después de recorrer sus ejemplares tantos países, escribirse en tantos idiomas y tirar tantas ediciones, fué preciso que del punto inmediato á su origen brotase la luz, y la luz aclaró la verdad. El *Quijote* está terminado, sin que en su confección se vea ni marque una falta, un ligero defecto.

Bien comprendo que los críticos de todos los tiempos dijeron, y aun los actuales dirán: ¿llenó Cervantes los cánones que la fábula satírico-festiva dicta, en la esencia del objeto que se propuso en su *Quijote*?

Hayan creído lo que quieran, digan en la actualidad lo que gusten, razonen los actuales cuanto les convenga, bien juzgasen los que ya pasaron que Cervantes obró más bien por instinto que por profundas meditaciones al componer su *Quijote*, el hecho de verdad es que criticaron una obra que no conocían, analizaron ejemplares que Juan de la Cuesta adulteró, y su examen en grandes pasajes recayó sobre un mito, una fantasía, no sobre una realidad.

Ahora es llegado el momento del examen, del análisis, del

estudio, de la crítica; hasta aquí todo fué prematuro, inconveniente, extemporáneo ante cláusulas de tanta significación; y por lo tanto, la mayor parte de juicios emitidos sobre su *Quijote*, careciendo de base de sustentación, caen por sí solos como edificios de naipes apoyados en movedizas arenas, que la brisa más ligera lanza á merced del espacio.

Fundado en esto, me he permitido crear varios capítulos en mi libro, para que los amantes de la verdad puedan, si lo creen conveniente, adquirir algún dato que influya en el esclarecimiento de la verdad; primero, al copiar con la más precisa exactitud el ejemplar prueba de corrección del autor, y segundo y último, al acompañar á la copia este volumen con los capítulos que siguen.



### Quarta parte de don

quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrió la conoció don Fernando, que era el que estava abraçado con la otra, y quedó como muerto en verla, pero no porque dexasse con todo esto, de tener a Lucinda, que era la que procurava soltarse de sus brazos: la qual auia conocido en el suspiro, a Cardenio, y él la auia conocido a ella. Oyó assi mesmo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayó desmayada, y creyendo que era su Lucinda, salio del aposento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Lucinda. Tambien don Fernando conoció luego a Cardenio: y todos tres, Lucinda, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Lucinda, y Lucinda a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Lucinda, hablando a don Fernando desta manera: Dexadme señor don Fernando, por lo q̄ deveis a ser quien soys, ya q̄ por otro respeto no lo hagays dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promellas, ni vuestras dadiuas. Notad como el cielo, por defusados, y a nosotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas experiencias, q̄ sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños, para que boluays (ya que no podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con el la vida.

*faltan dos siglas.  
pe ro us se pro de el Sllv.  
que se suere —*